

RESEÑAS

Chas, Susana. *Los que pintan la aldea; Panorama general de la novela en Córdoba (1980-2003)*. Córdoba, Rubén Libros, 2004, 457 p.

A través del sugerente título, que evoca el conocido axioma “Pinta tu aldea y pintarás el mundo”, Susana Chas nos introduce en lo que será la problemática central del volumen: la reflexión acerca de una literatura provincial que, en las últimas décadas del siglo, se presenta con todo derecho como un discurso tanto *portador* como *constructor* de identidad. Haciéndose eco del juicio de Bajtin, para quien la novela es el género que mejor representa la polifonía, el dialogismo social, la autora restringe su estudio a este género, al que estudia en diálogo con la particular circunstancia socio-histórica que enuncia el título (décadas que tanto a nivel nacional como provincial estuvieron signadas por “instancias traumáticas”: la violencia, el conflicto, la exclusión y la difícil aceptación del “otro”...).

Se trata así de una valiosa contribución al conocimiento de las letras cordobesas, a partir de las diversas modalidades narrativas (determinadas tanto por recurrencias temáticas como por su encuadre en determinados “géneros” literarios). El objetivo confeso es el “panorama”: mostrar, si no la totalidad, al menos gran parte de la producción novelística cordobesa de fines del siglo XX, para lo que se tuvieron en cuenta más de 280 textos. A la vez, se intenta promover “una crítica regionalizada” que complete el mapa literario nacional a través de la suma de miradas locales. Para este propósito se parte de un postulado: la existencia de una “literatura cordobesa” (no meramente una “literatura escrita por cordobeses”) que merece ser objeto de estudio en tanto es reflejo de una identidad local de la cual la literatura, como ya se dijo, es vehículo privilegiado de expresión.

En tal sentido, la autora parte de la reflexión de Clifford Geertz, para quien el arte en general (y la literatura en particular) puede ser concebido como un sistema simbólico a través del cual los hombres representan “su modo de estar en el mundo”, vale decir, reflejan un contexto socio-histórico-cultural determinado, tal como se pone de

manifiesto en las obras estudiadas, lo que valida su carácter de expresión identitaria. Cabe aclarar que en la determinación del corpus se procede con un criterio amplio, que tiene en cuenta no sólo a los escritores nacidos en Córdoba sino también, a los que han tenido una residencia más o menos permanente en la provincia.

También se recuperan en el texto algunos aportes de teóricos como Frederic Jameson, Pierre Bourdieu, Marc Angemot y Philippe Lejeune, junto a ensayistas y críticos argentinos como Beatriz Sarlo, Fernando Reati, Jorge Torres Roggero, Silvia Barei y Patricia Renella, entre otros. En la elaboración de algunos capítulos (que se detallan a pie de página), Susana Chas contó con la colaboración de María Gabriela Boldini.

El volumen se compone de una introducción y once capítulos. El breve texto introductorio realiza la contextualización del período escogido, tanto en relación con los hechos históricos como con los antecedentes novelescos, a través de los cuales se van perfilando rasgos y miradas comunes, y que posibilitan la eclosión de fines del siglo XX. Así, se hace referencia a la imagen de una Córdoba “contradictoria, rebelde, laberíntica, libertina, doctoral” que viene desde los años fundacionales de la literatura provincial, allá por 1621, bajo la figura tutelar del poeta Luis de Tejeda. Esta peculiar visión reaparece luego en gran número de novelas que permiten “armar el entramado histórico cultural” de la provincia, a favor de distintas técnicas y distintas modalidades narrativas. En esta rápida reseña se dedica especial atención a la figura de Juan Filloy, prolífico y longevo, de quien se cita un extenso testimonio sobre su propia obra.

Otro eje común señalado es la existencia de una “poética de la memoria” especialmente operante en la literatura argentina de las últimas décadas que permite –a través de los textos literarios- interpelar la realidad social a través de distintos procedimientos narrativos que textualizan fragmentariamente la historia e instalan la ambigüedad y la dialéctica memoria / olvido.

A partir de estos conceptos el análisis se despliega en sucesivos capítulos que atienden a los siguientes tópicos: “Memoria de la violencia, el exilio y los desaparecidos”; “Ficción e historia. La nueva novela histórica”; “Autobiografías-autoficciones”; “Escribir con conciencia

de mujer. El bildungsroman”; “La novela costumbrista y neo-costumbrista”; “Las policiales cordobesas”; “Las novelas referidas a la inmigración”; “Oros géneros novelísticos” (como el humor, la parodia, la sátira, la ciencia ficción y la literatura infanto-juvenil); “De la novela gay a la novela gótica”; “La otra violencia: la económica” y “Tendencias estéticas en la novelística cordobesa a partir de los 90”. Cada uno de estos apartados comprende a su vez modulaciones que se ejemplifican a través de textos significativos, de cuyos autores se suministra una escueta biografía. A ello se agrega un apéndice sobre “Las mujeres cordobesas y el humor”. El volumen contiene también un índice completo de novelistas de Córdoba a partir de los 80 y una bibliografía general, completa y actualizada.

El criterio de agrupación de las novelas, como ya se dijo, combina lo temático con algunas modalidades genéricas consagradas por la crítica (como el costumbrismo o la novela histórica); otras categorías como lo policial, lo fantástico o lo testimonial atraviesan transversalmente los análisis propuestos en los distintos capítulos, como reflejo de la proteica calidad de la producción novelística argentina en la actualidad.

Así, en el primer capítulo, el más extenso, a partir de los nombres pioneros de Marcos Aguinis y Daniel Moyano se analiza la construcción de la memoria histórica a través de la ficción literaria como “un ejercicio de introspección, de autocritica, de búsqueda y exploración” a través de nuevos modos de representación que trabajan con la ambigüedad, la alegoría, la metáfora, combinando datos históricos, principalmente los del contexto próximo de los años 70: subversión, represión, exilio, pero sin desdeñar oras épocas que se ven “en espejo” con el presente. A la materia referencial se agregan elementos mágicos, míticos y utópicos. Entre los autores estudiados se puede mencionar a Carlos Dámaso Martínez (*Hay cenizas en el viento; La frontera más secreta; El informante; El enigma del ángel*), Fernando López (*El mejor enemigo; Arde aún sobre los años*), Lucio Yudicello (*El derrumbe; Las voces*), Susana Aguad (*Herrumbre y oro; Detrás del muro*), Tununa Mercado (*En estado de memoria; La madriguera*), Reyna Carranza (*De guerreros y fantasmas*), Raúl Dorra (*Donde amábamos tanto*), entre otros.

El segundo capítulo se dedica al tema de la narrativa de base histórica,

sean novelas o biografías novelas. Los dos tópicos que se siguen son el de la escritura femenina –visión aportada por escritoras que superan el maniqueísmo de dicotomías como la sarmientina “civilización y barbarie- y el concepto de “nueva novela histórica” exployado por Seymour Menton en relación con esa renovada relación que la ficción contemporánea entabla con la historia: construcción discursiva a partir de la duda, la conjetura, la ambigüedad y la pluralidad de miradas. Destacan en este apartado los nombres consagrados de Abel Posse (*Los perros del Paraíso*), Andrés Rivera (*Ese manco Paz*), Cristina Bajo (*Como vivido cien veces*), Rosalba Campra (*Los años del arcángel*), entre otros novelistas. Además se dedica un apartado a autores que cultivan otro género vecino, como es el de las biografías noveladas: Mabel Pagano (*Malaventura; Lorenza Reynafé o Quiroga la barranca de la tragedia*), Luis Carranza Torres (*Yo, Luis de Tejada*) o Prudencio Bustos Argañaraz (quien rescata la vida del mismo personaje histórico en *Laberintos y escorpiones*). Otras modulaciones contempladas dentro de la narrativa de base histórica es el de las memorias familiares, “intrahistoria” que aborda, por ejemplo, Marcelo Urrets Zavalía (*Fervor y nostalgia*).

También en el apartado siguiente, dedicado a las “Autobiografías-autoficciones” –vale decir, escritos en los que “se interpenetran los límites entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación” (Torres Roggero)- figuran nombres que han trascendido las fronteras nacionales, como Manuel Mujica Láinez y Héctor Bianciotti. En relación con el primero, se reseña una obra de su última etapa, en las que Córdoba ejerce una indudable influencia: *Cecil*, que el propio Mujica califica como “autobiografía novelesca”. Del segundo, se estudian dos “autoficciones”: *Lo que la noche le cuenta al día* y *El paso tan lento del amor*. Junto a ellos se menciona a Juan Coletti (*La memoria del polvo*) y algunas “confesiones de mujeres” como *Pata de perro* de Susana Arraigada, *Las sábanas en los balcones* de Liliana Jiménez y *¿Por qué? Historia de una pregunta* de Graciela Ponti.

El capítulo IV se dedica especialmente a la escritura de mujeres que ponen de manifiesto a través de sus obras un proceso de “autodescubrimiento”, que transparentan “la génesis de una conciencia” centrada principalmente en las primeras etapas de la vida: Mercedes Otón (*Sobre la cuesta*); Graciela Battsgliotti (*De muerte natural*); Josefina

Trebucq (*Primera sangre*); Perla Suez (*Letargo*); Fanny Roeschlin (*Si no soplara el viento*) y Reyna Carranza (*Para ahogar un loco amor*). No está ausente, sin embargo, la mirada masculina sobre este tema, ya que se incluye a Guillermo González (*El último refugio*).

A continuación Susana Chas se ocupa de la novela costumbrista y neo-costumbrista. En primer lugar, establece un distingo entre narrativa “costumbrista” y “regional”, en tanto ésta última atiende más bien al entorno físico, geográfico, y la primera, al paisaje humano de una determinada región. En relación con la modalidad enunciada en el título del capítulo se observan distintas variantes: un grupo de novelas “mítico-costumbristas” en las que el conflicto social de base (la existencia dura del minero, la pobreza, la explotación o la lucha contra una naturaleza hostil) o la presentación de ciertos tipos (arquetipos) pueblerinos se envuelve en una atmósfera que recuerda el “realismo mágico latinoamericano” de escritores como Juan Rulfo. A este grupo pertenecen *Tama*, de María Teresa Andruetto; *Bien demás (Los malaventurados)*, de Estela Smania y *Traslasierra, la ciudad de los Césares*, de Yolanda Sapia. Otra modalidad es el “neo-costumbrismo”, cultivado por voces femeninas que, a través de un discurso “polifónico, de carácter dialógico” (lo que parece ser, por otra parte, característico de la escritura femenina) se ocupa preferentemente de personajes femeninos inmersos en espacios domésticos o pueblerinos. También puede producirse un deslizamiento del costumbrismo hacia lo testimonial, como ocurre, por ejemplo, con *Secreto Concarán*, de Polo Godoy Rojo. Finalmente, se pasa revista a un grupo de textos que se caracterizan como de “zona fronteriza”, como los de Mercedes Ocón (*Desde Juárez (South America)*); *La Estrella del Sur (The South Star)* y *El Señor de las Ovejas (Sayhueque)*, textos en los que convive lo ficcional con lo histórico y ciertos elementos característicos de la narrativa indigenista.

El capítulo siguiente se dedica a la narrativa policial cordobesa, de la cual se destaca principalmente la ambigüedad, “el tratamiento paródico-deconstructivo” que “obliga al lector a buscar algo más que lo meramente policial”; vale decir, entre otras posibilidades, procesos de mitificación de personajes de arraigo popular como Carlos Gardel, “en una Córdoba prostibularia (*Cuesta abajo*, de Fernando Stefanich); elementos psicológicos (Norma Gandolfo: *Déjenla sola, solita y sola*);

“aventuras librescas en la Córdoba ciudad universitaria” (*El rastro de Van Espen*, de Federico Llamosas), junto con los esquemas tradicionales del policial de enigma (*Los vecinos mueren en las novelas*, de Sergio Aguirre).

El capítulo VII se ocupa de textos que, con diversas modulaciones y orígenes raciales, da cuenta de ese proceso social tan característico de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX como fue la inmigración que, en respuesta a un proyecto “civilizador y progresista” atrajo a nuestras tierras semi-despobladas a multitud de colonos y cambió de modo notable la fisonomía tanto étnica como productiva de nuestras tierras. Entre los autores que textualizan esta problemática en relación con el suelo cordobés se mencionan, entre otros, a Norma Gandolfo (*Nini, la pampa Gringa. (Nosotros, la Pampa Gringa –1887-1910)*); a Azucena Gribaudo (*Por derecho de muerte*); a María Teresa Andruetto (*Stéfano*); Amanda Giorgi (*Chispas de sentimientos. Una historia de inmigrantes*); Boris Blank (*La ruta del destino*) y Perla Suez (*El arresto*).

El capítulo siguiente contiene material más heterogéneo, ya que agrupa modalidades narrativas como la ciencia-ficción (Carlos Quiroga Parodi: *Quién*; Juan Coletti: *El jardín de las flores invisibles*; Eduardo Bagur: *Las memorias de Jehová*) con textos determinados por la edad del receptor (literatura infantil y juvenil como *La niña que quería ser bruja*, de Juan Coletti o *El misterio de los túneles*, de Lidia Formiga de Tosco, por ejemplo) y “actitudes” como la del humorismo en sus variantes de “humor negro” (*Ni vivo ni muerto*, de Carlos Presman o *La pasión según Lorenzo*, de Ernesto Argañaraz, entre otros) o paródico-satírico (*Su Augusta Excelencia*, de Carlos Gili; *El Heliomita*, de Renato Peralta o *Mundo de dobles. La subversión*, de Emilio Sosa López, por citar sólo algunos).

Otras variantes novelescas, a las que se dedica el capítulo IX, son la denominada “novela gay”, cuya inclusión en el volumen la autora justifica no sólo por el “compromiso” de incluir todas las voces aun las minoritarias, sino también por la calidad literaria de textos como *Cinco hombres (la intimidación imposible)* de Reyna Carranza. Igualmente se dedica espacio a la novela sentimental, ejemplificada a través de la saga de los Osorio, de Cristina Bajo, en su modalidad más “pura” y por *El viento que me nombra*, de Blanca Riganti y *El color de la noche*, de

Félix Kitroser, para la variante “folletinesca”, que incluye también elementos propios del relato de aventuras: *Por amor a Julia*, de Félix Gabriel Flores, se incluye como uno de los ejemplos de una variante cercana al erotismo, mientras que *Sierva de Dios, Ama de la Muerte*, de Cristina Bajo se sitúa “entre la novela gótica y la novela histórica”.

Una mirada sobre el mundo actual, esta vez desde una óptica centrada en lo económico, es la que permite realizar el agrupamiento de otro conjunto de novelas, que explayan tópicos como el de la globalización de la pobreza, la deshumanización de las ciudades o la corrupción. Textos como *Hombres de trapo*, de Edda Ottonieri o *Diciembre '01 en la ciudad de los perros respetuosos*, de Claudio Ghigliero, por citar apenas dos títulos, “presentan temáticas recurrentes, tales como el cuestionamiento de la identidad, las prácticas de violencia política, social y económica, la representación del espacio urbano mirado desde los márgenes, la recuperación de personajes marginales”. En ellos se advierte, asimismo, una filiación respecto de autores como Roberto Arlt o Daniel Moyano.

Finalmente, el capítulo XI despliega un abanico de tendencias estéticas que es dable observar en la producción novelística cordobesa de los años '90: “la mezcla de géneros, la fragmentación discursiva visualizada a través de la ruptura témporo-espacial, el uso del monólogo interior y la corriente de la conciencia, no caótica ni abigarrada, sino más bien como espacio de búsqueda -a veces con una acentuada impronta autobiográfica- en la que se problematiza y se intenta construir una identidad; la memoria, también fragmentada, y cierta tendencia a una escritura rizomática” (p. 389) junto con la recurrencia a intertextos de origen filosófico, teológico, mitológico o literario. Se señala asimismo una marcada tendencia a la alegoría, en textos como *Libro de las equivocaciones* de Guillermo Rodríguez; “cierta visión agónica y pesimista”, si no apocalíptica, como en la novela de Raúl Dorra *La canción de Eleonora* o el buceo en la memoria que realiza Antonio Oviedo en *Los días venideros y Restos*, entre otras tenencias.

Se trata, en suma, de un panorama rico y comprensivo, una valiosa sistematización de gran cantidad de textos que, como la autora destaca en la conclusión “ha permitido revelar esas contradicciones y conflictos que subyacen en toda construcción identitaria”. Y lo que se dice a

propósito de una unidad lograda a partir de la “diversidad y del reconocimiento”, vale también para la totalidad de la literatura argentina, que aspira a convertirse en un todo orgánico a favor del aporte de las distintas miradas locales de “los que pintan su aldea”.

Marta Elena Castellino